

GLORIA LÓPEZ DE MARÍA RODRÍGUEZ



MUJERES ENTRE GUERRAS



PRIMERA PARTE

1

Barcelona, 1 de junio de 1939

Aunque todavía era muy temprano, ya empezaba a apretar el calor. Amelia estaba nerviosa. Se abanicaba, y no dejaba de mirar el reloj de la estación de Francia. Contaba los minutos que faltaban para que arrancara el tren que iba a llevarse a sus hijos a Venecia. Se sentía agobiada. Decía que era a causa del bochorno, pero lo que en realidad le estaba oprimiendo el pecho era el intento desesperado de contener las lágrimas. No quería transmitir a los chicos su miedo. Bastante apurada veía a su hija Carmen, que aunque intentaba disimularlo, no dejaba de llorar...

La abuelita apretaba las manos de Amelia y de su nieta para infundirles valor, pero las dos sentían una tristeza enorme. No podían dejarse llevar y convertir aquellos momentos de despedida en una tragedia griega. En definitiva, se iban con su tío Vincenzo a pasar unas maravillosas vacaciones a Cefalonia. Después de los durísimos años de guerra, aquello era lo mejor que les podía ocurrir. Amelia tenía que sobreponerse y mostrar entereza ante los niños. Les abrazó, les besó cientos de veces, les atusó el pelo con los dedos; a Tomás le puso bien el cuello de la camisa y a Carmen el lazo de la trenza, y les hizo las últimas recomendaciones:

—Tened mucho cuidado. Lavaos los dientes después de cada comida y, sobre todo, antes de ir a la cama... Sed buenos y educados. No habléis si no os preguntan, no seáis curiosos, ni indiscretos... Y recordad la máxima de la abuela: ver, oír, callar y no tocar...

El tren partió de la estación de Francia a la hora prevista, el día uno de junio. Una vez en Venecia, un conocido del tío Vincenzo que le debía dinero y múltiples favores recogería a los niños en la estación. Tendrían que pasar una noche en su casa, y al día siguiente les conduciría hasta el puerto para embarcar hacia Corfú, en un buque mercante que admitía tan solo a una docena de pasajeros. Y desde allí, a «la isla del tío Vincen»: a Cefalonia.

Cuando solo quedó flotando en la estación una estela de humo que iba disipándose lentamente, Amelia sintió que le flaqueaban las piernas. Paco Puig la sujetó con fuerza por el brazo y evitó que cayera. Había insistido en acompañarlos en coche para llevarles el equipaje. De nada servía que tanto el señor Puig como su madre le asegurasen que mandar a los niños a Grecia era la mejor decisión que podía tomar, y la más conveniente para los niños. Nadie podía consolarla.

• • • •

En el momento de embarcar, Carmen tuvo el desagradable presentimiento de que iba a pasar toda la travesía mareada. Por desgracia, pocas veces le fallaba la intuición. «Además de triste, ¡vomitando! Pues sí que empezamos bien...», se dijo para sí.

Tomás, sin embargo, estaba muy emocionado y correteaba por la cubierta del barco con la impaciencia propia de sus pocos años. Quería

orientarse bien para saber llegar solo hasta el comedor, los camarotes y todos aquellos lugares del buque que a él se le antojaban misteriosos. Sentía una especial curiosidad por acceder a las zonas vedadas a los pasajeros, como el puente de mando, las bodegas o la sala de máquinas.

Mientras tanto, lo único que Carmen deseaba era zarpar de una vez, porque aquella espera asomada a la barandilla, diciendo adiós con la mano a aquellos extraños que habían ido a acompañarlos al puerto, se le estaba haciendo interminable. La sonrisa ya se había convertido en una mueca. Sabía que, en el fondo, lo único que deseaban era perderlos de vista; y la verdad, el sentimiento era recíproco. Aunque por aquel entonces era aún muy joven (acababa de cumplir dieciséis años), notó enseguida que para aquel matrimonio había resultado muy cuesta arriba tenerlos en su casa el par de días que tardó el barco en zarpar hacia Corfú. Con ese gesto de hospitalidad forzada, consideraban que ya habían saldado con creces la deuda que tenían con su tío Vincenzo.

Cuando por fin sonó la sirena y la marinería soltó las amarras, sintió un gran alivio.

La salida del puerto de Venecia al atardecer fue un espectáculo maravilloso que jamás podría olvidar. Iban alejándose de los últimos puentes, las cúpulas y las luces de la ciudad, mientras las gaviotas revoloteaban alrededor del barco, casi en formación, y estaban tan cerca de ella, que alargando el brazo parecía que podía tocarlas. No le daban miedo, al contrario; le gustaba oír sus graznidos, como si también hubieran ido a despedirlos. Lamentó no haber cogido algún resto de los panecillos de la comida para poder lanzárselos y ver si lograban cazarlos en el aire.

Conforme se fueron desdibujando las últimas imágenes de la ciudad y la noche empezó a caer, una tristeza inmensa se iba adueñando

de ella. Parecía como si una mano invisible atenazase su garganta, dificultándole la respiración. Tenía miedo, no solo al mar, sino al futuro incierto que les aguardaba. ¡Qué distinto hubiera sido todo si su madre hubiera podido acompañarlos! Pero no podía hacerlo. La falta de noticias sobre el paradero de su marido y el estado de salud de la abuelita María le impedían abandonar Barcelona. Por tanto, Amelia optó por poner a salvo a sus hijos; o al menos, eso pensó en aquellos momentos...

A Carmen le preocupaba también que el tío Vincenzo hubiera accedido a acogerlos en su casa tan solo por la insistencia de su madre y de la abuela, pero que en el fondo le resultasen unos parientes molestos a los que se cobija únicamente por lástima.

Su madre le había hablado muy bien de él. Decía que era una excelente persona y que, aunque viviera en Grecia y apenas hubieran tenido contacto, iba a cuidar de ellos, y haría que se sintieran como en su propia casa. No pudo asegurar lo mismo de su mujer, ya que Amelia apenas conocía a su cuñada Bianca. Por lo que sabían de ella a través del tío Vincen, pertenecía a una familia muy distinguida de origen veneciano, al igual que la de la abuela.

El mar estaba embraveciéndose por momentos y las crestas blancas de las olas chocaban con furia contra los costados de la embarcación, produciéndoles una desagradable sensación de inestabilidad y temor. Tomás quiso ir a proa para ver el mar desde allí, pero al salpicarle las olas que saltaban por las amuras de babor y estribor, se agarró tan fuerte de la mano de su hermana que esta pudo sentir su pánico. Se vio en la necesidad de infundirle confianza y hacerse la fuerte. Al fin y al cabo, era la hermana mayor que, en teoría, debía protegerle. Con tono jovial y rostro risueño le dijo:

—Corre, vamos a ver el camarote. Tal vez nos hayan llevado ya el equipaje y podamos cambiarnos de ropa para subir a cenar.

La verdad era que no tenían mucha ropa. Todas sus pertenencias cabían en una maleta y una bolsa de mano. Entre su madre y la abuela, con sobrantes de unas piezas de tela que les había regalado la señora Puig, habían hecho para Carmen un par de vestidos nuevos. Eran en realidad batitas sencillas con el sello inconfundible de la confección casera; pero después de haber pasado tantas calamidades, poder estrenar algo le hacía sentir como una princesa, y estaba deseosa de ponérselos.

A Tomás también le habían arreglado varios pantalones y camisas que les dio la vecina de arriba, una viuda que ya había perdido en la guerra al marido y al hijo mayor. Esa ropa había pertenecido al más pequeño de los chicos que, como tantos otros de la «Quinta del Biberón» movilizados en enero, cayó al segundo día de llegar al frente. La pobre mujer lloró con tanta desesperación cuando le dieron la noticia, que por temor a que pudiera cometer un disparate y arrojarse a la calle desde una ventana, las vecinas montaron guardia durante varios días para vigilarla, y no permitieron que se quedase sola ni un instante. Era el segundo hijo que perdía en la maldita guerra; y encima, cuando ya se daba prácticamente por terminada.

Desde octubre de 1938 todo el mundo decía que era cuestión de semanas, pero las semanas se convirtieron en unos meses interminables. Los bombardeos, el hambre y la huida en desbandada hacia Francia convirtió Barcelona en un auténtico infierno.

El camarote era pequeño, estrecho y bastante oscuro; pero era únicamente para ellos dos. Les espantaba la idea de tener que compartirlo con personas extrañas, por lo que ya lo miraron con buenos ojos y hasta les pareció confortable. Tenía una litera de camitas estrechas, pero suficientes para ellos, que estaban delgadísimos. Los últimos tiempos habían sido muy duros y comían poco y mal. Además,

con su padre en el frente de Valencia, la situación de la familia en Barcelona durante los últimos meses había sido más que precaria. Aunque recibían puntualmente la paga del padre, el dinero, o mejor dicho aquel símil de cartón que circulaba en aquellos días, ya no servía para nada. Nadie lo quería. Solo funcionaba el trueque.

Amelia y la abuela María lo habían vendido todo, absolutamente todo, para poder sobrevivir a duras penas. Los víveres se destinaban a la intendencia del Ejército, y la población civil sufría escasez hasta de lo más esencial. Aquello que no era imprescindible, podía ser objeto de permuta: joyas, pieles, objetos de plata, cubiertos, abrigos, zapatos... La abuela canjeó una preciosa estola de visón blanco con unos payeses, a cambio de un saquito de avellanas.

Además, en aquellos años en los que nevó intensamente, no quedaba ya carbón, ni tenían manera humana de protegerse del frío. Así que los libros de la biblioteca de los abuelos acabaron en la caldera.

El abuelo Ramón era notario, y tenía una impresionante colección de libros de Derecho, recopilatorios de sentencias, resoluciones administrativas y cosas por el estilo. Pero también tenía una de las primeras ediciones de la enciclopedia de Espasa, tomos sobre historia, arte, geografía, razas humanas e infinidad de libros curiosos sobre magia, ajedrez, esperanto, y hasta sobre el adiestramiento de perros. Y por supuesto, no faltaba una interminable colección de novelas y ensayos de autores nacionales y extranjeros de todos los tiempos. Además, en la biblioteca de la familia se juntaron también volúmenes del bisabuelo Mauricio, que era médico. Tenía tratados de anatomía, ginecología y obstetricia, que Amelia colocó en la parte más alta de las estanterías porque suscitaban la curiosidad de Tomás que, cuando estaba solo, buscaba fotos indecorosas.

Pues primero ardieron los libros, y después la propia librería. Entre todos la desmontaron con un destornillador y un martillo, y la hicieron pedazos que iban lanzando a la caldera o a la cocina económica.

Después quemaron los muebles. El precioso mobiliario de la casa de Amelia fue también pasto de las llamas. Aunque para eso necesitaron la colaboración del hijo de la portera, porque sin disponer de un hacha era imposible trocearlos.

El piso quedó convertido en una triste sombra de lo que fue en otros tiempos. Solo se quedaron con lo imprescindible: las camas, algunas sillas, la butaca de la abuela y poco más. Todo lo que era susceptible de arder, se quemó.

Se salvaron las cortinas, eso sí, porque además de bajar las persianas, por las noches había que correr las cortinas para que no se viera ninguna luz desde la calle.

En enero de 1939 Carmen cayó enferma. La fiebre llegó a los cuarenta grados, y el médico aseguró que podía complicarse con una neumonía si no cambiaba de aires y empezaba a comer como es debido. Amelia se alarmó muchísimo, porque un hermano suyo había muerto de pequeño a causa de una neumonía; y evidentemente, la abuela no ayudaba a tranquilizarla, sino todo lo contrario.

—Dios mío —le decía a Amelia—. Tenemos que sacar a esta niña de aquí como sea... yo ya perdí a un hijo, y no soportaría presenciar también la muerte de mi nieta. Hemos de contactar con tu hermano Vincen. Él es una persona de muchos recursos y seguro que nos ayuda a poner a salvo a los niños.

—Mamá, pero dime, ¿qué quieres que haga? ¡Ya ves cómo está saliendo en tropel la gente de Barcelona! Las carreteras están colapsadas, y dicen que cuando los que logran pasar la frontera llegan a